

Tiempos difíciles

A lo largo de mis muchos años he comprobado que vemos el presente como el momento más difícil de nuestra vida, lleno de complicaciones y problemas supuestamente insalvables, mientras que, afortunadamente, cuando se hace pasado, lo recordamos con benevolencia y olvidamos lo sufrido.

- “Oh ¡qué tiempos aquellos...! -Solemos exclamar, mirando por la ventana de la nostalgia.

Pero la verdad es que siempre ha habido etapas en las que hemos tenido que luchar duro para sobrevivir.

Yo mismo soy un ejemplo.

Hice mis estudios de odontología durante los años 1942-1944 en la Escuela de Estomatología, entonces en la buhardilla de la Facultad de Medicina de San Carlos, en Atocha, cuando España todavía olía a pólvora y a sangre vertida en los campos de batalla.

La Escuela había quedado medio destruido y totalmente saqueada, por lo que su directo, don Braulio García de Uña, se desvivía por restaurarla y equiparla.

Menos mal que los exámenes no eran gran cosa, muchos alumnos había hecho la guerra y se presentaban de uniforme, pistola al cinto, recién desmovilizados.

Se les llamaba “exámenes patrióticos”, así que, ¿Quién iba a suspender a aquellos aguerridos muchachos con semejantes credenciales?

- “Dígame la composición de la amalgama”.
- “¿La amalgama? ¡Ah, sí... ¡cuando yo estuve en antiataque en Brunete...”.
- “¡Vale! ¡Vale! ¡el siguiente...! Y usted, ¿sabe algo de ella?”
- “Bueno, es que acabo de venir de la División azul y estuve en Krasni Bor... y no sabe usted la que se armó allí contra los comunistas.

Cuando al fin obtuve el título de licenciado no disponía de recursos para abrir una consulta, de modo que comencé de ayudante con don Miguel de Pipaón, al que había conocido en la Escuela.

Don Miguel había estado durante la guerra en Fuenterrabía en Irún.

Cuando se liberó Madrid, regreso a su consulta y se la encontró vacía, requisada por los milicianos, que, además, habían metido en la casa de Jorge Juan nº 39 a varias familias de refugiados y la habían dejado hecha un asco, para desconsuelo de su esposa Doña Mercedes Mengs Fiscowich.

- “No te puedo remunerar adecuadamente -me previno- porque hace poco conseguí recuperar mi equipo dental, que estaba arrinconado en un depósito municipal y los pacientes comienzan a llegar a cuentagotas.

Aunque no gane dinero, los dos años que permanecí con él me sirvieron para completar mi formación, ya que don Miguel era un excelente profesional y un gran maestro.

Cierto día, al despedirme en el portal de la consulta me comentó:

- “Ayer tropecé con Doña María de los Dolores Velázquez Duro y me preguntó si conocía a alguien interesado en quedarse con un equipo dental que le había devuelto el Servicio de Recuperaciones!

A continuación, me explicó que doña María de los Dolores (Lola era viuda de don Ramón H. Portuondo Pujolá, odontólogo famoso y cuarto marqués de las Delicias del Tempú, al que los milicianos de García Atadell habían asesinado.

- “Lo detuvieron en nuestra casa de Serrano, nº 116 el jueves 5 de noviembre de 1936 t se lo llevaron a un lugar desconocido. Para saber dónde estaba se nos ocurrió recurrir a Margarita Nelken, que había sido paciente suya, cuando era una señorita bien y escribía cuentos para niños en *Vida Aristocrática* el servicio de Floraria, pero ni siquiera nos recibió, dedicada como estaba en inflamar a las masas y en ocultar a Luis Cuenca Estevas, el asesino de Calvo Sotelo.

Entonces pensamos en otro paciente importante, Don Julián Basteiro y fuimos a verle al Ayuntamiento. Cuando supo a lo que íbamos nos contestó compungido.

- “A buena parte vienen a dar, ayer se llevaron a un sobrino mío a la checa de fomento y cuando fui a preguntar por él a poco me encierran...”
- “Total, que el sábado 7 de noviembre unos policías nos avisaron que fuéramos a recoger su cuerpo en el km. 7 de la carretera de Valencia.

Doña Dolores era la hija de los marqueses de la Felguera, dueños de la siderurgia Duro Felguera, muy ricos, y prima de Jesús Fernández Duro, el aeronauta del globo Alcotán, famoso en todo el mundo. De poco le sirvió.

Había regalado en 1940 al Colegio de odontólogos el magnífico equipo Ritter tipo Unit, con rayos X, de su marido. El que me dio a mí era un sillón Wilkerson, con una columna antigua, que posiblemente había pertenecido a don Ramón de Portuondo Barceló muy amigo de don Florestán Aguilar.

A todo esto, debo aclarar que yo era huérfano. Mis padres habían fallecido en Daimiel, cuando la gripe del 18 y se había hecho cargo de mí, mi tía Virtudes, ahora viuda del tío Constante, ferroviario muerto durante la guerra. Vivíamos en un bajo del Paseo de la Delicias, nº 27. Le pedí permiso y llevé allí el pesadísimo Wilkerson, con idea de atender a unos cuantos pacientes, en su mayor parte compañeros de mi tío.

Para ello tuve que colegiarme en Fernán Flor nº 4, al lado de las Cortes, en la segunda planta, a la que se acedía por una escalera de tablonos chirriantes que amenazaban ruina inminente.

El oficial de Secretaría era don Germán Sorní Mira, ayudado por el ordenanza José Alberto Carrillo Romerales. El local del Colegio era inhóspito, medio techo se había hundido y aún quedaban goteras y humedades.

Después de la guerra muchos compañeros fueran expedientados, unos salieron bien librados y a otros les cayeron sanciones de inhabilitación. Recuerdo a Casilda Hoyos Cascón a la que prohibieron ejercer durante cinco años, por haber atendido a los heridos de las Brigadas Internacionales en un hospitalillo del Socorro Rojo, en la calle Abascal.

El presidente del Colegio era don Carlos Losada Agosti, un hombre muy culto que dominaba cinco idiomas y se había casado con una artista de cine argentina guapísima, que se llamaba Erna Bécquer, protagonista de muchos éxitos, como La Hermana San Sulpicio con Imperio Argentina. En aquellos momentos ya estaba separado y se divertía dando cenas con caviar y chamán cuando medio Madrid se moría de hambre.

La profesión, también carecía de lo más mínimo para ejercer, por no haber no había ni alcohol ni anestesia ni caucho ni nada de nada.

Cierto día apareció por la consulta un matrimonio que vivía varios portales por debajo del mío.

El marido dijo llamarse Venancio y la mujer Dorita.

- “A mi mujer le está doliendo mucho una muela!
- “Pues que se siente y la veo”.

Era la del juicio del lado izquierdo de abajo, poco erupcionada.

- “No hay más remedio que secarla”.
- “Lo que usted diga”.

Entonces empleábamos para anestesiar la técnica intradiploica del asturiano Florentino Hernández Cofiño, avalada por Don Bernardino Landete. Consistía en introducir el anestésico en el hueso, golpeando la jeringa “Yutil” con el mango de un espejo “Stoma”. Había luego que apretar con fuerza el émbolo de la jeringa, tanto que a veces refluía el líquido a través de la encía, pero era muy eficaz y resolutiva.

Dorita aguantó impertérrita los jeringazos y las acometidas del botador Winter.

Era dura y sufrida, porque había llevado una vida de perros, como titiritera por los áridos caminos de España, con una cabra y un mono, hasta que Venancio se predó de ella viéndola actuar en la Ribera de Curtidores.

Cando finalizamos a operación se levantó tal cual y me mostró orgullosa un gran anillo de oro que llevaba en el dedo anular de la mano derecha.

- “¿Sabe quiénes me lo regalaron?.
- “Dígamelo”.
- “Pues fueron los enterradores de la Almudena cuando nos casamos yo y el Venancio”.

La miré sorprendida y añadió.

- “Cuando desentierra los cuerpos de las fosas, en cuanto que ven una calavera con dientes de oro... ¡zas!... le arrean un trastazo con el azadón y se los arrancan...”.

Venancio trabajaba grabando lápidas en el cementerio de la Almudena y tenía unas manos como palas.

- “A mí no me importa de ande procede, porque una vez fundido da lo mismo”.

El Ministerio de Industria nos concedía una cantidad ridícula a los dentistas.

- “Es que se lo llevaron los rojos a Moscú”- le explicaban al Colegio cuando pedía ampliar el cupo.

Entonces se me encendió una lucecita y le pregunté a Venancio:

- “¿No podría pedirles a esos amigos suyos del cementerio que me vendieran unos cuantos dientes?”.

Sonrió al oír mi protesta y masculló:

- “Algo se podrá intentar”.
- - “Pues agradecido, y usted Dorita, enjuáguese con Listerine”.

Desde entonces cada ocho o diez días venía a la consulta y vaciaba sobre la mesita auxiliar una vieja petaca de cuero llena de dientes con fundas e incrustaciones de oro.

- “Ahí tiene usted eso”.

Yo recogía aquellos despojos. Los trituraba con un martillo y luego los fundía en el crisol de grafito, avivando la llama con bórax hasta que solo quedaban en el fondo las pepitas relucientes.

A veces, enfrascado en este menester me veía como un alquimista, buscando la piedra filosofal, sintiendo en la cara el fuego primigenio y oyendo detrás el silbido de la vulcanizadora “Búfalo”, calentando la mufla y soltando vapor por la válvula de seguridad.

Pero aquello eran divagaciones frente a una realidad menos romántica, con una consulta que apenas deba para malvivir. Había que espabilarse y me decidí, como hacían otros compañeros a salir de Madrid y trabajar de modo itinerante por los pueblos de los alrededores.

Escogí Alcalá de Henares y su comarca: Azuqueca, Camarma, Meco, Villalvilla, Los Santos de la Humosa y otros lugares colindantes. Hasta Alcalá iba en tren y a los pueblos andando con la maleta del material a cuestas, bordeando el río Henares, los arroyos de Cañamares, Aliendre... incluso pasé más allá del Tajuña, en plena Alcarria.

Al llegar me instalaba en alguna casa particular o en la fonda y mandaba al aguacil a que echara el pregón.

Poco a poco llegaban los campesinos y en una silla de bayón aguantaban resignados los tirones.

En la plaza, compitiendo con los chillidos de los vencejos, un vendedor de cazuelas y sartenes me hacía la competencia voceando su mercancía. Le acompañaba un mozo medio lelo, con los pantalones zurcidos, que, subido en una mesa, agitaba una caña con un cordel en cuyo extremo se balanceaba un higo paso.

- “¡Alhiguí...alhiguí! gritaba meneando el señuelo...” ¡Con la mano no, con la boda sí!”.

Enseguida le rodeaban los mocosos, intentando hacerse con el higo y luego venían los padres alarmados por el griterío. El de las cacerolas también vendía mantas zamoranas y rifaba un par de botos de cuero repujado de Las Ventas con Peña Aguilera.

Estábamos pasándolas estrechas con las dichosas cartillas de racionamiento, así que aquellas excursiones, además de allegar unas pesetas, me permitan a veces, mediante el trueque (yo te saco una muela, tú me das una docena de huevos...) abastecer nuestra despensa con lentejas, alubias, garbanzos, quesos... eso sí, con cuidado no me pescaran los de Abastos o los del Fielato y me acusaran de estraperlista, muy apenado entonces, incluso con la cárcel.

Aun así, ahora recuerdo con nostalgia aquellas caminatas, oyendo el canto de los alcaravanes y las oropéndolas, recostado a la sombra de cualquier árbol, al lado de una corriente rumorosa, bordeada de juncos viendo revolotear a las mariposas y a las libélulas. Y por las noches recorrer las veredas, con las zarzas llenas de luciérnagas compitiendo con los guiños de las estrellas.

Cierto día, cerca de Yunqueras, vi llegar a un mocetón barbudo y desgarbado, con un macuto a la espalda.

Venía silbando y dando patadas a las piedras.

- “¿A dónde va vuesa mercedes?- me preguntó con voz engolada mientras procedía a encender un pitillo con un chisquero de mecha.
- A Yunqueras -le respondí-, que soy dentista ambulante”.
- ¡Por mi santiguada que de dónde vino el burro venga la albarda! -exclamó con voz en grito- ¡Solo la Divina Providencia ha podido ponerlo en mi camino, como piedra en ojo de boticario! ¡Pues sepa usted que tengo una muela picada que me está matando...! ¿No podría sacármela, aunque fuera a lo vivo, debajo de aquel puente, para que mis lamentos no espanten al gavilán que vengo siguiendo?”

Me lo pidió con tales ayes (de esos que ablandan a las piedras, cuando más a mi corazón, dado a la misericordia) que acabé consintiendo y saqué de la maleta las herramientas necesarias. Entonces el mozo, al ver los hierros, requirió del morral una botella de vino peleón y se la trasquiló de un solo trago.

Después escupió en las palmas de sus manos y apremió:

- “¡Cuando guste, maestro!”

La totovía cantaba en el barbecho cuando le arranqué la muela podrida de un solo tirón... Quedó tan encantado de mi destreza que se puso a ovacionarme:

- “Es usted más descomunal que don Fabián Remondo Larango, el sacamuelas de Valdepinillos, que maneja el descarnador, el pulicán, el gatillo, la gatilla, el botador y los alicates, un hierro para cada uno de los siete pecados capitales, pero que es tan pobre y liberal que los lleva envueltos en unas hojas de El Adelantado de Segovia.
- “No, no, yo no soy un sacamuelas, sino un licenciado en odontología por la Escuela de San Carlos y me pesa no haberle anestesiado con una inyección de eucaína”.
- “¡Quite usted allá! ¡Bastante es que no me amarrara ni me pusiera la rodilla en el pecho...!”

Ya más relajado, me confesó que estaba recorriendo la Alcarria para escribir un libro.

Cuando nos despedimos, el gavilán estaba quieto en el cielo y fue testigo de nuestro fuerte apretón de manos. Al verle alejarse, escupiendo sangre, caí en la cuenta de que no me había dado su nombre.

Por otra parte, Venancio, no dejaba de sorprenderme. Una tarde llegó con un saco de dentaduras postizas que había comprado en el Rastro.

- “Total, me han costado cuatro perras y puede que le sirvan de algo”

Claro que me sirvieron. Alguna tenía maravillosos dientes de porcelana “Solila”. La gente las vendía cuando moría el abuelo, pero a veces se las disputaban los deudos para uso propio.

Mi tía Virtudes andaba pachucha, fue al médico y le diagnóstico clorosis.

- “Le hace falta hierro, tómese dos cucharadas diarias de “Elixir Iodoferrasa Bellot”.

Pero mi tía era más del Ceregumil Fernández y del Fósforo Ferrero.

- Bébase -le aconsejaba yo- una copita de Quina Santa Catalina, que es medicina y es golosina”.

Las restricciones de luz y de agua seguían amargándonos la vida, menos mal que Goyito, el hermano golfo de Dorita, que estaba de “clá” en el teatro Calderón, nos regalaba entradas y veíamos nada menos que a María Fernanda Ladrón de Guevara en *Los que quedamos* y a Carlos Arniches en el sainete “*Don Quintín, el amargao*”, con la música del maestro Guerrero.

Don Carlos Losada Agosti se había vuelto a casar con Carmen Fresneda Revuelta, hija del dueño del famoso Neton, el del anuncio del mayordomo con los grandes mofletes.

Por aquel tiempo, vine a caer en una especie de insania alucinatoria, en la que me dio por considerarme un personaje de ficción, en cuya generación no había intervenido materia espermática alguna, sino simplemente tinta Pelikan y renglones de pluma estilográfica, en los cuales se escribía mi vida en pliegos de cordel, para ser cantados por un ciego al son de la zanfoña, la gaita de los pobres.

Tuve que buscar remedios heroicos y fui a la consulta de don Antonio Vallejo Nájera.

- “Usted lo que tiene son vapores y evanescencias y se las voy a curar con un tratamiento de “Neuronal Turó” que lleva bromuro de potasio y veronal, es mano de santo para estos alifafes”.

Sí, sí, mano de santo, pero de santo muerto, porque me dejó atontado y medio cataléptico.

Menos mal que no me recomendó la lobotomía de Egas Moniz, para aligerar de peso mi cerebro y llevarse por delante aquellos delirios.

Oscar Bernat no tenía dudas y curaba y curaba la piorrea a base de jeringazos en la encía con penicilina y oxígeno mediante una pistola de su invención. Hasta Pío XII le dio su bendición... y además bailaba muy bien el swing y el foxtrox. Era la nueva ciencia española.

Todo el mundo se volvió loco con la penicilina, el fármaco maravilloso que había salvado la vida al mismísimo señor Winston Churchill.

En España se la pusieron por vez primera a la niña madrileña Amparito Delgado, el 10 de marzo de 1944 y fue un fracaso.

La segunda vez fue para el doctor Jiménez Díaz, con éxito. Se la proporcionó el barman Perico Chicote, del que se decía que hacía pingües negocios con ella.

Los dentistas no pudimos recetarla hasta 1950, porque no éramos médicos. Pero dijimos adiós al Dagenal y a todas las sulfamidas y perdimos el miedo a la terrible angina de Ludwig, cuando extraíamos una muela del juicio, por ejemplo, o ante un noma o gangrena de la boca.

Las cosas comenzaron a mejorar, cada vez se veían menos colilleros en las calles.

Dijimos también adiós al Pionaftol, contra los piojos, al bálsamo yodado contra los sabañones e incluso a los niños ya no se les salía el sieso, la tripa del culo, eviscerada por los gases de las berzas.

Estábamos tan contentos que incluso don Augusto Bartak, el gran orificador, le arreó un tortazo a una cuñada de Jornada de Pozas, consejero de Estado, por no estarse quieta en el sillón y nadie protestó y eso que era judío.

Para colmo, José María, Goenaga Alfaro, odontólogo con consulta en Serrano 21, va y se cada nada más y nada menos que con Celia Gámez... menuda boda en los Jerónimos, con Millán Astray de padrino gritando:

¡¡¡ A mí la Legión!!!

Aun así, la muchedumbre le rompió las medias de cristal a la vedette, que se las tuvo que cambiar en la sacristía. Al día siguiente se largó a Estoril a probar suerte con la ruleta... demasiado para Goneaga.

En 1945 los dentistas de España entera nos reunimos en la Escuela de Odontología, reconstruida por don Pedro García Gras y allí, el 12 de octubre, día de la Raza, inauguró Franco la Ciudad Universitaria, con todos sus ministros, embajador de EEUU, Norman Armour, nuncio de Su Santidad, monseñor Cicognani, militares y altas autoridades del Movimiento (si alguien tira una bomba acaba con el Régimen).

A Franco le cuidaba la boca Don Jacobo Schermant gaseándole las encías con oxígeno y poniéndole puentes a diestro y siniestro. Después de las extracciones se pinchaba en el dedo índice para obtener sangre fresca, que aplicaba en el alveolo del Caudillo para prevenir la hemorragia.

¡¡¡Pero Schermant era judío!!!

Eso a Franco no le importaba, a los que tenía tirria era a los masones.

Mi tía Virtudes falleció a pesar del Ceregumil y del Fósforo Ferrero y me dejó en herencia la casa del Paso de las Delicias y unos dineros por la venta de varias viñas en Daimiel. Entonces di el gran salto.

Vendí la casa y, con un préstamo del Banco hipotecario, compré un hermoso piso en la Glorieta de San Bernardo, donde monté una consulta por todo lo alto, con un equipo Siemens Triumph y una sala de espera, amueblada estilo castellano. Vinieron a verla Venencia y Dorita y también a despedirse: “Nos vamos a Francia, a un hotel en Toulouse, yo de cocinero y Dorita de *serveuse*, estoy cansado de las lápidas y de las esquirlas de sílex que me están rompiendo los dientes.”

- “¡Qué no sabía hacer Venencio! ¡Ahora cocinero! Aunque, bien pensado, ya de antiguo guisada muy sabrosos los conejos que atrapaba con lazos en las tapias del cementerio de la Almudena.
- “No le diga a su tía dónde los he cogido -me advertía- porque a lo mejor le da asco, hay quien dice que hacen huras y engordan con la podre de los muertos...”
- Seguro que, con tales habilidades, tendría éxito en Francia, con las “calles faisandées”, las codornices podridas, plato exquisito de la *haute cuisine*.

Goyito, el golfo, había vuelto a la vida familiar, de titiritero, aunque ahora se llamaba “Representante de Estrellas” y ya no llevaba la cabra y el mono, sino media docena de señoritas que cantaban y bailaban flamenco en un espectáculo que se anunciaba como “Sonrisas de España”. También iba con él un artista singular, Modesto Alhambra, natural de Villavieja de Yeltes, curtido en el barrio chino de Salamanca, que después triunfó en Barcelona, en el Paralelo, como Madame Arthur, primer travesti de España.

Habíamos entrado en el Desarrollo, el Modernismo, el Bikini y el Seat 600.

En la consulta todo iba bien, Petrita, mi auxiliar (a la que yo en la intimidad llamaba Consuelo) abría la puerta y repetía:

- “El siguiente, por favor”.

Y no faltaban dos o tres pacientes sentados en la sala de espera. Así que, como dije al principio, siempre ha habido tiempos difíciles, pero es cuestión de aguantar y apretar las nalgas, porque siempre que ha llovido ha escampado.

Todo menos perder la esperanza.

Julio González Iglesias.

Relato ganador del Premio Narraciones Breves 2023.